

## PREFACIO: UN SUSURRO AL LECTOR

Extiendo este día, 12 de febrero de 2009, en la Biblioteca Butler de la Universidad de Columbia, a cinco kilómetros del reino de Annabel Lee junto al mar —que desde luego brinda la vista más encantadora que pueda hallarse en la tierra, y con ella las puestas de sol más fascinantes y de ensueño que puedan encontrarse en cualquier otro planeta o incluso en cualquier sistema solar—, y lo extiendo, también, junto a los bustos de Cervantes y Sófocles y otros grandes mirándome con aprobación como miraron a Hunter y a Barack Obama...

Está bien, dejaré de hacerme pasar por Mark Twain e iré a lo que tengo entre manos o, mejor dicho, a lo que tenéis ahora mismo entre manos. Yo sólo soy la mensajera o, por así decirlo, la editora: soy la chica que pasó con Hunter sus últimos años y que ha leído las cartas y los correos electrónicos de muchos de vosotros a los que, sobre todo después de que los libros y películas sobre él desbordaran las estanterías y pantallas de cine tras su muerte, os gustaría tener la oportunidad de sentaros con Hunter y simplemente charlar y plantearle algunas preguntas, sin toda la cháchara externa.

Peter Olszewski, por ejemplo, preguntó por las «conferencias» que Hunter daba a gente joven —algunas de las cuales he incluido en este volumen—, a lo cual Hunter repuso: «Probablemente podríamos aclarar esto, porque es un punto fundamental. En realidad ni siquiera doy conferencias. Lo único que hago es aparecer y soportar que me maltraten, y más o menos mantener un diálogo [...]. Me gusta despertarlos, ponerlos en marcha, cabrearlos, pero después simplemente me gusta hablar con la gente». Olszewski preguntó luego: «¿Quiere hablar de alguna cosa en particular?».

«De lo que la gente quiera –respondió Hunter–. No tengo nada que decir. No tengo ningún mensaje. Hablaré con cualquiera que quiera charlar».

Esto, querido lector, es lo más parecido a esa charla. La voz de Hunter suena con claridad a través del estilo de las entrevistas seleccionadas y de las cintas transcritas a partir de ellas, muchas de las cuales nunca se habían impreso hasta ahora, pese a que incluyen todo un acervo de ocurrencias personales y risas con el hombre al que todos amamos y amamos estudiar y que todos los que lo conocimos echamos y echaremos de menos. La belleza de la cuestión es que, como aquellos grandes que me miran por encima del hombro en la Biblioteca Butler, Hunter vivirá para siempre en su obra, mucho después de que tú y yo hayamos desaparecido.

En estas páginas verás que, igual que la mente de Nabokov era un espejo de su patria –Rusia, con sus inmensos recuerdos de lo bueno y lo malo, su literatura rica y profunda, y su lenguaje estrechamente salpicado de segundos y terceros sentidos–, la mente de Hunter S. Thompson era un espejo de Estados Unidos: revolucionaria, apasionada y profundamente compleja. Además de aprender nuevos aspectos de la vida y obra de Hunter en estas entrevistas, de algunas de las cuales ni siquiera había tenido noticia antes de su muerte, me he sentido reconfortada al reconocer en ellas al mismo Hunter de nuestra vida en común en Owl Farm. Así que ahora daré un paso atrás y dejaré que te sientes y disfrutes de la conversación.

Tu amiga en Woody Creek,  
ANITA THOMPSON

(Escrito desde el alma máter de Hunter,  
la Universidad de Columbia, Nueva York,  
12 de febrero de 2009).

## ANTIGUA SABIDURÍA GONZO



ENTREVISTA CON UN PERIODISTA  
SOBRE LOS ÁNGELES DEL INFIERNO,  
ABC NEWS, 20 DE FEBRERO DE 1967

PERIODISTA: Pasó más de un año con los Ángeles del Infierno. ¿Qué impresión le causaron ciertos individuos?

H. S. T.: Les proporciona reconocimiento, una sensación de compañerismo, lealtad de grupo y poder. Se juntan y pueden asustar a gente que en condiciones normales los asustaría a ellos. Sobre todo ahora que han recibido una enorme cantidad de atención y publicidad nacional gracias al fiscal general de California,\* que hizo un informe oficial sobre ellos. Han salido en portada del *Saturday Evening Post*, en películas, en este libro [...]. Para esta gente no habría ninguna otra forma de conseguir esto sin actuar como el Estrangulador de Boston o Mad Bomber. Es una forma fácil de conseguir lo que no pueden lograr en el mundo cuadrado. Es toda una subcultura de marginados, fracasados y gente que simplemente no puede con esta sociedad tecnológica automatizada.

PERIODISTA: ¿Cómo describiría una fiesta típica de los Ángeles del Infierno?

H. S. T.: No son lo mismo las grandes —las salidas— que las habituales fiestas de cerveza aquí y allí. En una salida, pueden

\* En marzo de 1965, el fiscal general de California Thomas C. Lynch publicó un informe de quince páginas sobre las actividades del Club Motociclista Ángeles del Infierno que se distribuyó en los departamentos de policía y ayuntamientos de todo el estado. El llamado «informe Lynch» se basaba en un estudio de diez años de las costumbres y hazañas de los Ángeles del Infierno, e incluía detalles sobre condenas y detenciones por delitos graves y delitos menores cometidos por miembros de la banda motera. [Ésta y las siguientes notas pertenecen a la edición de Anita Thompson]

reunir de 150 a 200 motos o hasta 300 en un parque estatal, por ejemplo. Aparcan las motos creando un gran círculo en torno a una hoguera enorme, en ocasiones de hasta 65 metros de altura. Y compran alrededor de, eh, 100 dólares de cerveza sólo para empezar la tarde. Se beberán cerveza por valor de cientos de dólares en un par de días o tres. En realidad han acabado con las existencias de cerveza de toda una ciudad. Al mismo tiempo, consumen anfetaminas...

PERIODISTA: ¿LSD?

H. S. T.: Bueno, eso viene después. Empiezan con pastillas. Barbitúricos y anfetaminas, todo junto, luego cerveza, más tarde llega el vino y después algo de LSD. Todo se mezcla.

PERIODISTA: Señor Thompson, ¿qué pretende su libro?

H. S. T.: Sólo intento relacionarlos con otra gente, gente como los Ángeles del Infierno que no visten sus colores, como digo yo. Hay miles de perdedores y matones, atracadores y pequeños delincuentes a los que les gustaría recibir la misma atención, pero no la reciben.

PERIODISTA: Para resumir, ¿cómo explicaría qué es un Ángel del Infierno?

H. S. T.: Bueno, tiene entre 20 y 40 años, aunque lo más probable es que le falte poco para los treinta. Habrá abandonado el instituto. Tendrá antecedentes policiales menores: un montón de detenciones y unas cuantas condenas, pero nada serio. Tal vez haya cumplido un año o así en prisión en algún caso por pequeños delitos. Será un fanático de las motos, alguien obsesionado con ellas prácticamente desde la infancia. Eso lo acerca a los Ángeles del Infierno. Después, se convierte en una especie de criatura del club. Y todo se enrarece cada vez más. Sus antecedentes policiales empezarán a acumularse porque es mucho más visible.

PERIODISTA: Pasó al menos un año conociéndolos y viéndolos con ellos. ¿Cuáles fueron sus impresiones más vívidas de ellos?

H. S. T.: ¿Impresiones vívidas? Bueno, visualmente, no se me ocurre ninguna otra imagen comparable a esas salidas

del Día del Trabajo, cuando reúnen varios centenares de motos en la carretera.

PERIODISTA: ¿Qué es una «salida» exactamente?

H. S. T.: Una salida es una especie de excursión o pícnic gigantesco. Se reúnen en un punto de la ciudad, luego se toman una especie de vacaciones en la montaña, en la playa o en algún otro lugar, para celebrar todos juntos una gran fiesta de tres o cuatro días. Entonces es cuando de verdad asustan a la gente, porque van todos juntos y visten de la forma más atrevida que pueden. Van todos borrachos como cubas y tomando pastillas. Es como si un ejército de hunos hubiera entrado en tu ciudad.

No necesariamente van a destrozarlo todo, pero se ponen muy locos y son muchos. Por supuesto, la gente del lugar está preocupada y asustada y lleva armas y cierra las puertas y esconden a sus hijas en el sótano. Ese tipo de cosas. Se crea una situación muy tensa. Cualquier nimiedad puede desembocar en un disturbio o en un ataque, y la policía no puede ocuparse de dos o tres centenares de moteros desahogados sin un montón de refuerzos.

PERIODISTA: A veces, en su libro, casi tengo la impresión de que está diciendo que se exagera su notoriedad.

H. S. T.: Sí. Los Ángeles del Infierno no son tan peligrosos ni tan caóticos como parece. Pero si lo dejas ahí y vas diciendo: «No son tan peligrosos, venga, no les hagás caso», entonces te pierdes la esencia de lo que quería decir cuando comentaba que hay miles de otros perdedores que son Ángeles del Infierno con un nombre diferente. Soy mucho más consciente de eso ahora, después de este asunto. Veo Ángeles del Infierno en todas partes y no llevan uniforme. Incluso en Chicago.

PERIODISTA: ¿Esta gente no tiene esperanza? Me refiero a que, después de observarlos durante un año, dice que no pueden con esta sociedad automatizada, ¿es una causa perdida?

H. S. T.: Bueno, no tienen esperanza en tanto que siguen en los Ángeles del Infierno y es una causa perdida en el sentido que usted comenta. No son casos perdidos dentro del

grupo, en la medida en que insisten de una manera tan obvia en ser Ángeles del Infierno. ¿Por qué ibas a contratar a alguien con un pendiente de oro y pelo hasta los hombros que apesta a grasa vieja y barro, con unos antecedentes policiales de varias páginas? No son realmente aptos para buenos trabajos. Pero si decidieran dejarlo y, bueno, afeitarse...

PERIODISTA: ¿Muchos deciden dejarlo?

H. S. T.: Sí. No estoy seguro de cuál es el porcentaje. Hay tres formas de dejar de ser un Ángel del Infierno: una es morir, y muchos mueren; otra es acabar en prisión, y muchos lo hacen; la tercera es dejarlo. Supongo que son más los que lo dejan que los que van a prisión, y que son más los que van a prisión que los que mueren. Pero son las tres salidas que hay.

PERIODISTA: ¿Es complicado dejarlo? ¿Hay represalias por parte del grupo si lo haces?

H. S. T.: Hum... Depende de por qué lo dejes. En ocasiones las hay. Y depende de cuándo lo dejes. Se vuelve cada vez más difícil al cumplir años, porque tienes más antecedentes policiales y tus amigos son más un grupo, un rollo ilegal. Recuerdo que uno de ellos dijo que le gustaría dejarlo, pero no tenía amigos en ningún otro sitio. No sabía cómo hacerlo.

PERIODISTA: ¿Qué es lo que normalmente motiva a un hombre a dejarlo?

H. S. T.: Depende de lo inteligente que sea. Si se une a los 21 o así y tiene cabeza, y muchos de ellos tienen la cabeza suficiente para comprender su situación, no sabe cómo actuar al principio; pero cuando piensa en opciones empieza a darse cuenta de que al acercarse a los 30, las está perdiendo todas. Se vuelve cada vez más difícil conseguir un empleo; cuesta encontrar nuevos amigos, resulta más difícil hacer casi cualquier cosa. Así que una vez que pasas de los 30, más o menos confirmas que las únicas opciones son la cárcel, un gran accidente en moto o que alguien te pegue un tiro. Los más jóvenes lo dejan.

PERIODISTA: ¿Cuál es la relación entre la moto y la personalidad de los Ángeles del Infierno? ¿Cree que existe alguna?



H. S. T.: Bueno, evidentemente, es como llevar un arma grande, un bazuca, por la calle. Les da una tremenda sensación de poder y libertad. Los hace muy visibles. No puedes pasar por alto a un Ángel del Infierno retumbando por la calle en una de esas *chopper*, porque ese trasto hace que vibren las ventanas y asusta a los peatones. Así que, sin una moto, sólo será otro gamberro. Es lo que llamaría un «igualador».

PERIODISTA: Ha señalado en el libro que en ocasiones obtienen un placer casi perverso en ser exageradamente amables para echar por tierra su imagen.

H. S. T.: Sí, cuando se encuentran en una situación en la que la gente se encuentra claramente asustada de ellos. Ya han logrado la atención que buscaban, así que no es necesario destrozarse un local, porque es desagradable que te detengan o que alguien se corte. Mientras reciben la atención que están buscando, disfrutan. Disfrutan estableciendo situaciones tensas y viendo a la gente temblar, así que se acercan en plan: «Sí, señor, ¿quiere un poco más de café?». Ese rollo. Se aprovechan de esas cosas.

PERIODISTA: Ha hablado de la inteligencia de los Ángeles del Infierno y dijo que algunos de ellos tenían verdadero sentido común. ¿Diría que ha encontrado genios entre ellos?

H. S. T.: No, a menos que estuvieran tan camuflados que no me di cuenta. Sí te encuentras con gente que es mucho más brillante que la media. Son muy pocos, pero alguno hay. Por ejemplo, uno de los más brillantes de los Ángeles de San Francisco, Kent Reed, no fue a la escuela hasta el tercer grado. Encuentras a algunos con un instinto muy desarrollado para lo que está ocurriendo, pero simplemente lo pasan mal manifestándolo. La mayoría de ellos no son demasiado listos.

PERIODISTA: ¿Se puede sacar alguna conclusión?

H. S. T.: ¿Sobre los Ángeles del Infierno? Sólo que representan un tipo de amenaza creciente que podría denominarse, o no, Ángeles del Infierno. Estas personas se reproducen por todo el país y cuanto más complicada es la maquinaria laboral y más cualificado tienes que ser para conseguir un empleo,

más gente va a verse expulsada del mercado laboral. Hay clubes de motos en todas partes, para el caso. Esta gente no va en moto ni lleva chaquetas que dicen «Ángeles del Infierno», pero está por todas partes. Y son muchos más. Puede sacar sus propias conclusiones sobre lo que va a ocurrir cuando llegemos a cierto nivel. No estoy seguro de qué nivel será.